

VÍCTOR DE LAPRADE

BEATRIZ

¡Gloria y honor al alma soñadora,
que audaz del imposible se enamora;
la que hacia su quimérica esperanza
por el sendero del dolor avanza,
del deleite vulgar despreciadora!

¡Feliz quien tiene en poco
las que, para avivar sus regocijos,
brotan en su camino flores bellas,
y en el sereno azul los ojos fijos,
el brazo extiende temerario y loco
para coger ufano las estrellas!
Con sonrisa de diosa
le sonrie belleza misteriosa
oculta á los profanos;
atentas á su anhelo,
las estrellas le vienen á las manos;
á su clamor los ángeles contestan,
y auxilio dan á su atrevido vuelo;
los lirios del Edén, flores del cielo,
sus cálices le prestan.

Beatriz abre un mundo misterioso
á quien la toma por divina hermana,
á quien lucha sin tregua ni reposo,
y cuanto más padece y más se afana,
se juzga más dichoso;
á quien no cede hasta tocar la cima,
y cual raptor osado y victorioso
á las puertas del cielo se aproxima.

¡Gloria y honor al alma soñadora,
que audaz del imposible se enamora!

LECOMTE DE LISLE

UNA PUESTA DE SOL

En lejanas, espléndidas riberas
que blando besa el mar siempre en reposo,
elevándose al cielo dos palmeras,
en él columpian su penacho airoso.

Como un nabab, que en siesta perezosa
el soñoliento espíritu regala,
sobre la arena de color de rosa
duerme á su sombra un tigre de Bengala.

Y como en el terrestre Paraíso,
á los erguidos troncos, dos serpientes
les dan, tornasolando el fugaz viso,
espirales de luz resplandecientes.

En un golfo tranquilo, allí cercano,
que selva secular orla á su antojo,
un bizantino alcázar alza ufano
sus torres, de ladrillo azul y rojo.

Negros cisnes, abriendo el ala oscura
á la caricia de las brisas grata,
dan al agua movible bordadura
al pie de la soberbia escalinata.

El horizonte es limpio, ilimitado;
y no vibra en el claro firmamento
nada más que el latir acompasado
de las palmas mecidas por el viento.

De pronto, sobre el cielo de Occidente
Rok, el ave fantástica, se eleva;
arde en su pico el sol resplandeciente;
haces de rayos en las garras lleva.

Desciende brillador sobre su pecho
el astro-rey, antorcha del espacio,
entre un raudal, en chispas mil deshecho,
de oro y de fuego, de ámbar y topacio.

Sobre las leves nubes ondulantes,
cual Niágara de luz, vierte sus ondas,
y esparce entre relámpagos vibrantes
rotos jirones de encendidas blondas.

Y allá en el septentrión, donde brumoso,
extiende ya el ocaso su penumbra,
yérguese Orión, el lóbrego coloso,
y sus miembros atléticos encumbra.

Certero cazador, el arco tiende
con diestra audaz; dos pasos se adelanta,
la silbadora flecha el aire hiende,
y al ave Rok traspasa la garganta.

El ave Rok, las alas sacudiendo,
baja rodando al mar, como una tromba,
cae desplomado el sol, y al choque horrendo
su disco estalla cual abierta bomba.

En volutas de luz la inmensa hoguera
hasta el cenit sus ráfagas envía,
y al punto vuelven de la azul esfera
en lluvia torrencial de pedrería.

El fúlgido raudal, en lontananza
cubre la tierra de inflamada alfombra,
y una última explosión al viento lanza
torbellinos de púrpura y de sombra.

La Noche, apoderándose del cielo,
entenebrece su ámbito profundo,
y su manto de negro terciopelo
cubre la muda soledad del mundo.

MEDIODÍA

Mediodía, monarca del Estio,
del cielo azul sobre el tendido llano
en raudal argentino se desploma.
Todo calla. Sin soplos y sin hálitos
el aire quema. En túnica de fuego
la tierra envuelve abrumador letargo.
La extensión es inmensa. Ni una sombra
guarda del sol los encendidos campos.
Secóse el manantial en cuyas linfas
se abrevaban sedientos los rebaños;

y el bosque, allá á lo lejos, negro y mudo,
duerme en hondo sopor sueño pesado.
No más las mieses de oro, ya granadas,
la común somnolencia desechando,
benignas hijas de la madre tierra,
absorben con afán todos los rayos
del sol abrasador. Como un suspiro
de su alma ardiente, á veces en el vasto
mar de rubias espigas lenta surge
trémula ondulación, que hasta el lejano
polvoroso horizonte se dilata.
Algunos corpulentos bueyes blancos
sobre la hierba inmóviles banean
y rumian, y sus gruesos ojos lánguidos
siguen tranquilos el confuso ensueño
que no concluye su cerebro tardo.

Hombre, si el pecho sientes, que desborda
de júbilo feliz ó duelo amargo,
huye del implacable Mediodía,
que abrasa monte y valle, selva y prado.
Entonces la letal Naturaleza
no dice nada al corazón humano;
no es alegre, ni triste; nada en ella
vive ni alienta. Mas, si estás exhausto
de risas y de lágrimas; si olvido
buscas no más y halagador descanso;
si perdonar ó maldecir no sabes,
y un supremo placer severo y áspero
quieres gustar, el sol, el sol agosto,
con su idioma de luz brillante y claro
te hablará bienhechor. En sus fulgores
abismate con fe, y antes que el paso
vuelvas á la ciudad, por siete veces
en la nada divina temple el ánimo.